



Luis Medina Gutiérrez

héroes

Colección Premio

4
2

LUIS MEDINA GUTIÉRREZ

HÉROES

Premio Nacional
de Poesía *Ramón*
López Velarde



Universidad
Autónoma
de Zacatecas

XIII Premio Nacional de Poesía *Ramón López Velarde*
Dirección General de Extensión Universitaria
y Difusión de la Cultura

Jurado (1994) : Saúl Ibagoyen, Dionisio Morales, Thelma Nava



COBIUAZ

COBIUAZ

M 861-414

M 433 h

EJ-2

héroes

Primera edición, 1995

ISBN: 968-6019-51-0

D. R. © Luis Medina Gutiérrez
D. R. © Universidad Autónoma de Zacatecas

Departamento editorial UAZ
Jardín Morelos 113
98000 Zacatecas, Zacatecas
Teléfono: (492) 2-29-24
Fax: (492) 2-64-55

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

*A la desaparecida generación Pospumcuás:
Ramiro Lomeli, Ataúd Martinolli, Raúl Ramírez,
argonautas en el mar de las sirenas de piedra*

*A Ángel Ortuño,
por su matrimonio químico*

I EL LATIDO DEL GUERRERO

LA TREGUA

Soy vigía del quinto faro:
la córnea viva de Polifemo,
la sangre y el latido
del multifamiliar.
Soy malabarista
en la cuerda dura de un piso,
que mira y remira,
esa llanura de esqueletos luminosos,
el pescado sin branquias;
la sal del mar fuliginoso.
Mis armas guardan silenciosas
la estatura de su sombra.
Y la mujer me llama
con el canto del mirlo
y la cítara de la sirena.
Ella cura mis heridas,
con su marina piel me arropa;
sobre mi yelmo ensangrentado,
su desnudez de remotos mares reposa.

Afuera,
el viento hace la ronda
con su espuela de calma.

En el horizonte,
el enemigo de casco áureo.

EL ESCUDERO ENCANTADO

Amanezco bajo un vientre seco y gris,
ensordecido por esa lastimera loba
de aullido parturiento.

Seré Jonás,
dentro de una ballena petrificada.
Rueda sobre cuatro ojos negros,
su amenaza de isla perseguida.

Me enlistaré
a las hordas reptiles,
de los mercaderes cansados;
con sus mercancías brillantes
en el camellón.

Vendedores, limosneros,
lavadioses, caminantes,
mordidos por un afeitado sol.

Como el vidente Tiresias
adivino la casa y el guerrero
que me necesita:
cargo sus fardeles
y cuido su lustroso carro de guerra.

Abordo el cetáceo
y desciendo con hábil
pericia de escudero.

Percibo el aroma
de un jardín de Babilonia:
es el camino embrujado
de las doncellas salamandra
y el lago de cristal de una oficina.

Mi corazón está herido y encantado.

TRINCHERA

Voy al frente,
lejos de mi ventana
y de mi silla,
como el riachuelo deja el río,
para ser arrollado por la carreta.
Me hundo en el surco;
ahogado,
con los ojos de mis muertos.

El horizonte estalla:
sangre parpadeante,
músculo de hierro erguido,
sueño sin sombra ni vacío,
sueño sin boca infinita.
Nombre de las fuentes sepultadas,
horizonte de brazo gangrenado.
Niebla clara y oscura,
camino de los círculos:
los pasos encontrados,
los pasos solitarios,
las manecillas separadas.
El maniquí anuncia la ropa del herido
con una sonrisa pétrea.

Miro el firmamento caído
con su andar de ciego:
deteniendo en cada esquina
su luz de exilio.

Y miro los pechos de las mujeres que pasan
sin rumbo conocido;
la devolución de las cosas,
el pozo con la estatua,
la caravana de cuchillos;
el niño mirando la pelea,
y la cruz incendiaria en el cielo.
Los edificios de Bolsa pasean las nubes,
el corcel trota en el fuego,
la llama extiende su cola de abejas:
la ciudad arde.

LA CARTA DEL SOBREVIVIENTE

Anochece,
estoy cuerpo todavía:
en ojos que no son los míos,
un libro de cuentas
se quedó con ellos.
Muevo manos que son del picaporte,
de la pluma, o el barandal.
Mi brazo ya no me pertenece:
la maleta con recibos de venta,
lo jala y lo dobla;
un gerente lo saluda,
y una pierna
embozada en una media
lo roza.

Estoy en la carne macerada,
de andar;
sostenido por una calavera,
tan mediocre y parecida a las demás;
con una intrincada maraña,
de vasos y venas,
con una jauría de sangre,
y un hígado donde navega
una botella con un velero.

Soy el aguador de mi estanque
y mi fondo es el cieno,
donde se agita el lirio de los besos.

Estoy cuerpo todavía,
batiéndome a ciegas,
como la estatua inútil en la plaza.

EL ESPOSO CONDENADO

a Erika Marissa

Te dejo en casa,
con mi cuerpo escondido
en algún rincón del cuarto;
mi aliento en la almohada,
mi ropa desangrada por un gancho.
Mi recuento de los colores
del arcoiris de tu cuerpo.
El origen del árbol,
estremecido con la lluvia de mis dedos,
y la nube roja de mi lengua.

Soy el que se va,
el que parte
dejando su alma partida,
y medio costado con un platanar de huesos,
en el solar de nuestra cama.
Soy el que te acompaña
y que espera volver victorioso,
a narrarte las batallas,
en la arboleda de una mesa servida:
el plato con el sol de un huevo estrellado;
la selva de una lechuga,
la tierra olorosa de unos frijoles fritos;
y la cuchara atravesada como un puente
en el camino de nuestras palabras.

Parto con lo que afuera debo,
te dejo la mitad de mi sonrisa,

la mitad de mi coraje,
y la medida correspondiente de mi saliva.
Mis horas de oración,
y el corazón del sacrificio
en la piedra nupcial.
Te dejo altiva como el peñasco,
rodeada por un calcetín y una corbata.
En el baño de la casa hipotecada está el espejo,
donde verás las miradas que te he guardado.

Te dejo mi parte de noche,
mi parte de vida,
y parto como la piedra fragmentada por el golpe.

EL ENEMIGO POR DENTRO

a Greg Louganis

El dragón ilumina su lomo
con el vómito de su llama,
su fuego perpetuo
quema las armas del héroe enfermo.
El Jabalí corre
tras el cazador sin lanza,
y abre sus entrañas.
Sangre de Adonis,
estéril flama de Afrodita.
Oh lava del fin
Erinias de brazos turbios
la pantera destroza la tienda;
el agua espera su muerte con sandalias de lodo,
el pez naufraga sin la red y el anzuelo,
el barco se desangra:
su madera es río de montaña en la alta marea.

Oh sendero del cuervo,
la piedra es arrojada por la honda,
al gigante desnudo del abismo.

Oh virus,
raíz de la casa baldía,
que el cuerpo amante ha comido.

¡Qué tristura morir!
Sin poder pelear,
con el enemigo adentro:

creciendo como un higo
para que se alimente la muerte.

Deimos, segando la voz.

EL GUARDIÁN

Madrugada,
es el musgo sobre la peña inmóvil.
El arco, pulsado por la sombra.
El espejo asomando un rostro,
en la fuente del parque.
El insomne, afina su puntería,
en la cueva de una isla.

EL INQUILINO

El inquilino
pega su nariz al cristal,
absorto mira los
cerros multifamiliares
con ojos luminosos,
con dientes picados por un foco brillante.
Y escucha al vecino golpear a su esposa,
al niño llorar,
al intruso olor
de la comida del departamento de arriba;
el golpe de los tacones
de esa mujer desconocida,
la tos de la cañería,
las visitas oscuras de los cuartos,
el telón de cortinas,
los cuerpos durmientes.

El hombre que tropezó con él
en las escaleras, vive a un lado,
durante años sólo lo conoció por
la forma de arrastrar la silla.

El inquilino del 27
aspira el pequeño sol de su cigarro,
indiferente recarga su codo
en la encía de la ventana;
el humo se expande
como el grito amoroso de la pareja del 23.

Solamente los ha visto una vez:
ella parece trabajar en una oficina,
su cabello rubio tiene raíces negras,
pero su piel guarda el color del día;
de él sólo recuerda sus lentes oscuros,
como dormidas mariposas negras.
En el último piso están los tinacos,
destilando su lava transparente de volcanes prisioneros.

Bajo sus pies
escucha alegar al cobrador de cuotas de la colonia.
¿Cuántos bajarán por las escaleras mañana,
cuántos las subirán?
¿Quiénes merodean los pasillos de abajo?
El departamento vuelto tienda está cerrado.
El departamento vuelto estética,
laboratorio,
consultorio,
farmacia,
jardín de niños,
está abrazado por el silencio.

El inquilino se cansa de recordar,
de olvidar las mensualidades debidas;
en el puerto de la mesa,
una servilleta encallada
con el primer aviso de embargo.
Piensa no hacer caso
“es un delito la vida” —dice—
y regresa sus ojos al titánico poste
y su interminable brazo,
donde cuelga
una pulsera de tenis blancos:
gaviotas amarradas por sus alas.

El cigarro se joroba humeante
y por fin apaga la luz.

NOCTURNO

La noche
es una alberca negra
Las ollas de la cocina
bostezan rezagado aroma
En el fregadero
flotan los trastes como barcos en pena
la luna de luz enamorada
acostándose con la sombra

Ruidosas al caer
voladoras con alas de cebolla café
desnudas con el dorso brillante
atletas nocturnas
(las malas corredoras crujen como hostias)
Pececillos de los drenajes
camaroncitos de los caños:
las cucarachas brotan del cadáver del agua
bajo erizos plateados
como sucias gotas huientes
y costras de misteriosa eternidad

TRIBUTO

*¡Qué lunar! / como uña cortada /
—como un gajo de esperma / suspendido /
sobre el lomo negro de la noche*

Mario Santiago

Los pájaros tensan
las flechas del cazador.
Formados en largo sepelio
en el corredor de los postes.
Su canto es el trino de la sombra.

No se oye el eco
que perdió a Narciso.
No se oye el agua arrastrar su carreta de ramas y piedras.
Ni el espejo por donde se mira el agujero.

Las gentes escuchan
los colores de anuncios,
el tatuaje luminoso del muro.
El humo paria se acurruca
en las mamas del viento.

En el estacionamiento:
un carro con la puerta abierta
saca su lengua de piernas;
se burla del árbol renco
con su muleta de tierra.
La niña no sabe que es un pájaro
caminando por los cielos.

El cielo ya no está.

II LA CARICIA EN EL DESIERTO

LAS CUATRO ESTACIONES DEL PROFESOR

1

No es difícil su ruedo,
suelo hallarlo
pegado a los pies de una mancha
que es su sombra.
Con la voz de maestro
tejiendo como artrópodo,
eco en el salón;
con el ansia del caballero
que llega tarde a la cita,
solo, como el ruido de la lanza
ante el puente levadizo de dos piernas cruzadas,
y la fosa que lo separa de esas princesas,
con sus joyas de cuadernos y lápices.

2

Corre con el papalote gris de un camión;
camina por llanos negros,
entre toreros de lumbré,
bajo una carpa de luciérnagas;
mira la sarna en las paredes del vecindario,
las costras de niños en el patio,
las puertas heridas de gente,
y la cosecha levantada
de acero y cristal.

3

Lo escupe el taxi,
la lluvia tira una limosna de agua
sigue el goteo a escondidas,
a la plaza que huye,
a la catedral que corre
tras una mirada de años,
a un espejo que lleva de cara
enfrentado a un aparador:
el combate es desigual,
la vitrina lo vence,
devolviéndole
el paredón de siempre a su alma.

El viajero de hora completa
 y aritmética mala,
 admite no saber sumar
 los números del trabajo
 y el costo de los ojos.
 Mira el minuto sobre su casa y aroma
 y palpa el portafolio,
 está seguro de haber recogido los trabajos,
 de haber aplicado los exámenes,
 de encontrar a su esposa
 partida en arrugas y regaños.

Convencido de que mañana,
 Cronos lo espera en su pupitre.

Ellos

no tienen Muerte que los quiera

Jaime Jaramillo Escobar

El perdedor pasea
 los terroristas de la pifia.

Mira la penumbra que le sigue.

La mancuerna de piedra y lodo
 se arrisca en la acera
 para no trastabillar.

Se detiene culpable y perdonado.

Las olas revolcaron sus ojos
 con peces negros.

Y el pelotón de postes
 le apunta con su fusilería amarilla.

El derrotado cae mientras camina.

Papel sanitario
 entre la isla y el agua.

AMANTES VENCIDOS

Están hartos de grietas,
de alientos y caricias;
del sonsonete de los besos,
de reptiles en la arena húmeda,
de la mirada alta,
de la mirada en tierra.

Partidos con golpes de
reclamo,
con la cabeza volada a
recuerdo;
los amantes se preguntan,
cómo defenderse del amor.

CUARTO LEJOS

Arriba de mi azotea:
la llanura negra,
universal.
Manga de sueños,
vastedad infinita.

Pedrería del agujero.
Párpados de mármol.

Lejos los pezones brillantes,
los tatuajes luminosos;
el argento ombligo,
la caricia sin cuerpo.

Clavicordio del grillo.
Axila umbría.

Noche desnuda:
la otra ciudad,
que nos mira y dice:
"la otra ciudad".

CAMIÓN

Portarretratos
de una familia pública

TREN LIGERO

El circo llega a la estación
los pasajeros salen de la jaula
la calle anuncia la función

JAZZ

El ulular de la sirena
el chirriar de la máquina
las voces y el claxón:
el sax profundo
irrumpe en el paso a desnivel

LÁMPARAS

Estrellas expulsadas
del paraíso de la noche

VERANO

Y el condominio
penetra el rubio pubis del cielo

PUENTE VEHICULAR

La ola ya no volverá al mar
convertida en estatua
por mirar la ciudad

OCTUBRE

Y la luna va
como el auto furtivo
en el campo de amapolas del crepúsculo

IV DE PLACERES INFAMES

Ando alrededor de los heridos:
el casco bajo el brazo,
camino por un costado de la trinchera;
un corazón negro de moscas
late en el vientre del can.
Los héroes marchan,
abordan el camión;
otros aguardan silenciosos
con el rostro de plomo a las puertas del banco.

Un héroe pequeño brinca a un carro
y desenfunda su espada de jabón.

Ando alrededor de la batalla,
en el volantín de la caballería.
Piso las margaritas de sol triste,
las tumbas de piedras y bolsas,
el sonriente maxilar del perro;
la verde mosca,
ronronea su danza en el aire.

Paradiso de las moiras:
 el oro de las luces
 y el chicle creciendo,
 como un laurel rosa
 entre el suelo y el pie.
 El plumaje del cisne en la frente del cielo;
 la tropical nube morena,
 el arrugado ropón de la lluvia en los tobillos de Perséfone.

La muchacha de ajustado pantalón
 camina entre los insepultos.
 Los enfermos postran una mirada santa
 cual si fuera un ángel;
 y los milicianos ahogan
 un grito de victoria.
 Alza sus alas de piernas largas
 y el camino extiende su lengua en escaleras.
 El edificio abre su boca
 de castillo cuadrado,
 y devora con cuidado a la criatura
 preciosa de la guerra.
 La muchacha de blusa roja
 hace antesala;
 mira el desvarío de la fuente,
 la epilepsia de su agua presa,
 sus ojos brincan
 como orugas grises en la planta.
 (La jungla de la maceta
 se moja en el río seco del piso.)
 Fuma,
 deja caer la brasa marchita.
 (El humo penetra rincones
 que el hombre jamás conoce:
 ¿cuántas veces tocará ese fantasma gris
 los redondos faroles de su cuerpo?
 ¿Cuántas veces se nublará el día
 por dentro de sus senos?)

Ríe,
su nariz brinca la cuerda carmesí
y su aliento reposa en arrecifes blancos
y dentro de su boca,
mece una tortuga roja.

4

La puerta de vitrales grandes se abre,
es llamada por un nombre
que suena a la música de un piano en el bosque.
Ella se levanta y el ventilador
mueve la enramada de sus cabellos,
donde brota el vuelo de un perfume.
Otra mujer limpia el campo de batalla
mueve con su escoba las hojas recicladas,
la bolsa fruncida de papas,
una lata de refresco,
una pizza desollada.
En un túnel lejano,
en un bunker de pálidas luces
la recepcionista deja una estela de tacones
en la alfombra duraznada,
un cenicero de vidrio cortado,
un sillón de color sepia
exhausto de haberla poseído,
un suéter perla,
un lápiz talado
y un papel blanco
sin boca ni mirada.
Y se acerca como la hélice
de un helicóptero enemigo;
su voz se vuelve la esquirla
de un obús:
"ya no hay más vacantes.
A la señorita que acaba de pasar

se le asignó el puesto”.
Y la fila de inválidos guerreros
regresa a enfrentarse al enemigo.

Con piedras.

LA IRA DEL SUELO

*Esta noche
tendré
un remordimiento
como un ladrido
perdido en el
desierto*
Giuseppe Ungaretti

A pesar del silencio,
el suelo sigue devorando entrañas;
a pesar de las veladoras
y de los crespones
que se fueron al cielo.
Los intestinos de la ciudad
siguen abiertos.

Una serpiente de calles mudó de piel
con cientos de cadáveres.
Los túneles de Guadalajara
están hechos de niños y mujeres.
Los culpables se callan las narices
y los ojos,
su boca es el ataúd más grande
del mundo.

Responso y condolencia
por los expulsados de la tierra.
Los caídos por
un rayo de escombros.

VI CAPITULACIÓN

Cercenado por la puerta del camión,
enhiesto como un tubo más,
sentado como un salvaje;
imitando la forma esbelta del asiento.
Mis narices saben del abrupto
soplido de los intestinos
de las fábricas y de los hombres.
Y sólo respiro el oasis
de una princesa perdida.
El semáforo le guiña un ojo al camión
y descansan sus pies rodantes.
Del otro lado de la ventana,
un bajito sacerdote
ofrece un tributo de chicles
a los brillantes dioses de lámina.

Toco el timbre.
Por el trasero del tanque,
entero salgo por metálicas nalgas.
Mis labios sueltan
un viscoso huevo transparente,
mis zapatos
trastabillan con el polvo;
mis naves han sido quemadas.

En qué sombra
se encuentra la piedad,
brota de una lanza astillada.
Soy el último guerrero
que le pide perdón a la ciudad.



SPANAZ

ÍNDICE

I *El latido del guerrero*

- La tregua /11
- El escudero encantado /12
- Trinchera /14
- La carta del sobreviviente /16
- El esposo condenado /18
- El enemigo por dentro /20
- El guardián /22
- El inquilino /23
- Nocturno /26
- Tributo /27

II *La caricia en el desierto*

- Las cuatro estaciones del profesor /31
- Herido de vida /35
- Amantes vencidos /36
- Cuarto lejos /37

III *Trizas*

- Camión /41
- Tren ligero /42
- Jazz /43
- Lámparas /44
- Verano /45
- Puente vehicular /46
- Octubre /47

IV *De placeres infames*

- 1 [Ando alrededor de los heridos] /51
- 2 [Paradiso de las moiras] /52
- 3 [La muchacha de ajustado pantalón] /53
- 4 [La puerta de vitrales grandes se abre] /55

V *Volátil corazón*

- La ira del suelo /59

VI *Capitulación*

- [Cercenado por la puerta del camión] /63



M361
M433
E